

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 195



Fot. Paynter

Señorita Angela Bustamante

Distinguida maestra normal y profesora de canto

Decadentismo

Consecuentes con nuestros principios literarios expresados en el *Palique decadente* de uno de los números anteriores de *Páginas Ilustradas*, y para que no se nos tache de apasionamiento ó parcialidad, transcribimos á continuación algunos párrafos de los *Estudios* de Carlos Arturo Torres, juez intachable hoy en estas materias, al mismo tiempo que autoridad inequívoca en achaques literarios. A propósito del estudio que hace de Núñez de Arce, dice:

"El poeta dramático y el prosador constituyen otras fases, si no menos importantes, diferentes de las que como poeta lírico le llevaron á la primera fila entre los de la moderna Europa.

"Las apuntadas modalidades de su poesía se complementan y se implican necesariamente para formar esa unidad de su genio imponente y coercitivo, cual cumple á un verdadero atleta en el campo del intelecto, conductor de espíritus en una época de formación social, á quien las influencias ambientales y la mental conformación le vedaron el refinamiento exquisito y que tuvo muchas veces que subyugar los fueros del reino interior á las necesidades supremas de la propaganda y de la acción.

"¿Fue por eso menos poeta? ¡Le aquí un palpitante problema de la estética contemporánea, que es oportuno tocar, siquiera sea por incidencia, tratándose de una personalidad tan alta, de no disputada categoría poética y tan notoriamente distante, sin embargo, del concepto artístico que hoy predomina entre *los nuevos*.

"Fruto esencial y raro de una cultura intensamente refinada, como la de Roma en los tiempos del cuarto César, la escuela que para no incurrir en ninguna nota de apasionamiento de los nombres, llamaremos *exclusivamente artística*, produjo en Francia en el último cuarto del pasado siglo obras extrañas de belleza

y mérito innegables, y en las provincias del habla castellana hizo la revelación de un excepcional temperamento de artista y de una exquisita organización de poeta, Rubén Darío.

"Al contemplar el producto luminoso, nacido de nuestras razas indígenas, como el diamante de la cristalización del yacimiento negro, hase creído que el éxito del nicaragüense ha dependido de su escuela y no de su excepcional cultura, de su manera y no de su genio, y de ahí el pulular de imitadores y vulgarizadores, reos del pecado de profanación y de sacrilegio, que aplebeyan lo que es adorable justamente por selecto, por individual y por único, y que quieren suplir lo que les falta de los avaros dones con lo que les sobra en sectarismo y estrechez de miras.

"Para la concepción que de la práctica y de la literatura en general, resulta de la manera de ver que apuntamos, la poesía de Núñez de Arce es *demodée* y, hasta si se quiere, desdeñable. Así en tiempo de Petronio era moda menospreciar al noble Virgilio y al gran Lucrecio: las modas pasan, las pasiones del día se extinguen y la posteridad que no comprende los ristes motivos de la actitud contemporánea, no recoge sino *lo que es digno de la posteridad*.

"El colorismo, la orfebrería y el lapidario son adorables, pero no son toda la poesía; lo precioso es estimable, pero lo grande, lo hermoso, lo sublime, lo son más aún; Botticelli es digno de admiración, pero en nada amengua la grandeza titánica de Miguel Angel; el *Perseo* de Benvenuto no es un argumento contra *El Moisés* ni el *Decameron* contra *La Divina Comedia*."

Seguiremos, para bien de esta Revista, la tarea de aducir pruebas en pro de nuestras teorías literarias, tomándolas de personalidades tan imparciales y de tan elevado criterio como la que hemos presentado hoy.

F. F. N.

Párrafos de crónica

Pedro Pablo Amaya (*) El Colegio Superior de Señoritas ha perdido también á este otro profesor, que vuelve á su patria, Honduras, tras varios años de ausencia. El señor Amaya se formó en Santiago de Chile á un tiempo con el grupo de jóvenes costarricenses que en aquel país tan adelantado como progresista hicieron primeramente el aprendizaje que los habilitó para ejercer el profesorado.

Las olas bravías de una revolución arrojaron de su suelo al señor Amaya, que aquí halló un retiro seguro en donde vivir con dulce y sosegada existencia. También halló aquí el señor Amaya un puesto en qué emplear dignamente su inteligencia y sus aptitudes; porque es virtud de este país altamente práctico utilizar los talentos de los hombres que con buena intención á sus playas arriban; mayormente, si ellos son hijos del suelo centroamericano, porque en estos tales nosotros no podemos mirar sino á compatriotas con quienes el compartir lo nuestro es acto de obligación.

Así fué que si el señor Amaya halló entre nosotros albergue, él, en cambio, puso todas sus luces de profesor al servicio de la enseñanza, contribuyendo por esa vía á la difusión del saber entre los jóvenes que, al dejar los colegios, llevarán cuando sólo sea jirones de cultura á todos los rincones de la patria.

El profesor hondureño tuvo por poco tiempo á su cargo las asignaturas correspondientes al curso de una escuela complementaria; pero, como era de razón, bien pronto fué promovido al Colegio Superior de Señoritas, en donde, hasta fecha reciente, hizo varias clases de matemáticas, ramo que constituye su especialidad en el departamento de educación. Tengo entendido que el señor Amaya desempeñó satisfactoriamente las clases que tuvo á su cargo.

Pero existe en él, fuera de esto,

una cualidad que lo honra altamente y que refleja con muy hermosa luz el tipo de su carácter: es la rectitud inflexible con que acostumbra calificar la aplicación y el aprovechamiento de sus alumnos: él no gasta complacencias con nadie; él no lisonjea la vanidad de sus discípulos; él siempre corta por lo sano. No es esa una cualidad común, ni Cristo que lo inventó; porque algunos profesores hay que deben toda la bambolla de su *prestigio* al arte servil de las complacencias y de los halagos.

Como simple particular, el señor Amaya se captó con muy buenas artes las consideraciones de la sociedad en cuyo seno vivía. Modesto, sencillo, de costumbres ejemplares, exacto en el cumplimiento de sus deberes, culto con todos, él hará que se le recuerde entre nosotros con simpatía y con agrado; algunos hay que lo recordaremos también con cariño.

Llamado con encarecimiento por la voz amiga de los vencedores en la lucha reciente, el señor Amaya, sensible, como debía ser, á ese llamamiento, ha partido de buen talante, deseoso de contribuir con lo suyo á la regeneración de la patria, en cuyo vientre, lleno de savias que se manifiestan con múltiple y vivaz lozanía, el olivo simbólico parece condenado á secarse y morir en embrión, herido por el fuego de los vivacs, más ardiente allí que la canícula incendiaria del trópico. Por lo pronto, el distinguido emigrado ocupa una curul de representante en la Asamblea reunida para organizar el país.

La permanencia del señor Amaya entre nosotros no fué infecunda para los costarricenses, ya lo hemos visto; tampoco lo será ahora que vive otra vez bajo los dulces auspicios de sus dioses penates. Porque él dirá á nuestros compatriotas de Honduras que Costa Rica es un hogar apacible en donde hay calor y afecto para todos los centroamericanos, y porque estas noticias han de tener mayor efi-

(*) Este artículo debió haberse publicado junto con los que acerca del Liceo y del Colegio de Señoritas se publicaron en número anterior.

cacia para impartir vigor al espíritu de confraternidad latente que los tratados facticios en que se estipulan acercamientos imposibles, desde que en ellos falta el vínculo de los intereses materiales, el único en que hallaréis un principio de virtualidad para establecer cohesión efectiva y sólida entre los pueblos que pactan uniones.

La unión política de Centro América seguirá siendo una utopía, no embargante el afán bonachón con que por ella especulan nuestros ilusos Mazzinis; pero la confraternidad humana, esa sí, se hace sentir y se extiende como un viento de lo alto por toda la geografía del globo.



Enrique Montealegre

Enrique Montealegre era un filósofo que no había aprendido con ningún escritor la triste filosofía de que su espíritu maleante se hallaba bien saturado. Para adquirir este conocimiento tuvo una maestra tan segura como implacable: la Vida. En realidad, la vida es quien nos alecciona constantemente, haciéndonos ver con descarnada y fea desnudez el lado humano de las cosas, que la imaginación nos presenta por el lado bonito y engañoso, producto de sus artificios y embelecos.

La verdadera filosofía no consiste, sin embargo, en advertir y reconocer las mil perrerías que la insigne maestra descubre á través de los trampantojos con que la *loca de la casa* nos lleva dulcemente al despeñadero: ciertamente, ¿cómo dejar de advertir y reconocer las tretas de la vida en mitad del chispero que nos salta á los ojos con cada jicazazo de la buena señora? La verdadera filosofía consiste en no patear como un energúmeno contra las fatalidades de orden social que nos salen al camino, como esfinjes irónicas. Precisamente, esa era la filosofía risueña y sesuda que practicaba el buen *Macho*.

Abnegado, generoso, leal, inteligente, estas cualidades *oscuras* informaban en un todo el espíritu de sus relaciones. Cualquiera otro se habría extrañado, por lo menos, de no surgir á la superficie sobre los hombros de estos atlantes. El no. El tenía por cosa natural que la fortuna les sonriese como cualquier pendanga á los embaidores de oficio. El sabía hartos bien por historia y por vista de ojos que el cálculo mezquino, la com-

placencia servil, el sentimiento cobarde se confabulaban desde antes de Cristo para tratar á la justicia como una intrusa en los tribunales de hombres. Por todo esto, verse postergado en verdad no le sorprendía; pero lo que sí nos causaba sorpresa á los demás es que tal cosa á él no le escociese ni poco ni mucho. He allí su filosofía. No se dirá ahora que caprichosamente yo le atribuyo al buen *Macho* su calidad de filósofo.

Hay en la vida de Enrique Montealegre, así pues, un toque mundial que con vivo requerimiento solicita nuestra atención al recordar punto por punto el carácter del amigo malogrado que en la grandiosa inmensidad del Cosmos como una nebulosa se diluye ó se anega; porque no debemos, no, ver desaparecer á los hombres con el desenfado con que en las aguas de una laguna veríamos desaparecer la piedra que cae; en todo hombre que de entre nosotros desaparece hay para los que le sobrevivimos alguna enseñanza; sus errores y sus miserias, allá se queden con él en la tumba como producto fatal é inevitable de su conformación fisiológica y del ambiente social que en ella provocaron secreciones malsanas; que no pocas veces caemos porque nos empujan, antes que por debilidad de nuestro sistema.

Enrique Montealegre no sólo nos deja como enseñanza la suave y desdénosa filosofía con que él afrontaba las burlas irónicas de la suerte; también con su ejemplo podríamos aprender á ser amigos serviciales y abnegados; porque este excelente mozo parecía experimentar satisfacción

honda en servir á sus amigos con cuanto él podía, lo que desgraciadamente no guardaba relación con lo que deseaba. Diríase que hasta con morir de muerte repentina, sin molestar á nadie, sin provocar conmociones, dió prueba el buen *Macho* de ser un filósofo. ¡Cuanta más sensatez no hay, ciertamente, en acabar de un reventón! Sólo que él tuvo la lige-

reza de reventar antes de tiempo... para que lo sintiéramos más, sin duda. ¡Siempre el filósofo! Por su cordialidad comunicativa, por su amable compañerismo, por su inteligencia irónica, pero sin acritud, no olvidaremos nunca al buen *Macho* los hombres de esta sociedad y de esta generación.



Semana Santa

Poco, muy poco, habría que decir de la Semana Santa si de ella me propusiese dar cuenta en esta sección, con pujos ó conatos de crónica, sin que nunca llene las condiciones del género, porque, en rigor, lo que yo hago es *enfocar* desde ciertos puntos de vista aquellos asuntos acerca de los cuales me viene en gana discutir,—como de costumbre, con la ingenuidad sanchuna con que, por mal de mis pecados, es achaqué mío desembuchar cuanto me escarabaja en el cerebro.

Para cronistas, San José los tiene á porrillo, sin contar los diarios, los cuales, de cierto, no compiten en acuciosidad chismográfica con los corrillos *sui generis* que al aire libre se forman todas las noches en los alrededores del *Imperial*, para condimentar con todo género de especias los noticiones del día, para echar á vuelo la campana de los escándalos y para meter las narices y husmear á guisa de hurones en todas las covachas de la política donde se sospecha que hay conejo encerrado. Porque no hay manjar más apetitoso que éste para el paladar josefino.

Por eso, cuando me hormiguea más de lo soportable la comezón de noticias, voy y me planto muy orondo en la esquina del *Imperial*, ó de *La Magnolia*, y allí me entero en un periquete de todo lo que ha sucedido en la República y... de lo que no ha sucedido, también. San José se lo sabe todo. El espíritu reporteril se ha desarrollado que es un gusto en este santo varón, gracias á lo cual no se queda á la zaga de nadie en lo que

toca á chismografía modernista. Por algo es San José un poblachón... mundial, como si dijéramos.

¿Pero, á dónde demonios voy á parar por el camino de estas consideraciones tan fuera del tiesto? ¿Lo sé yo por ventura? Me parece, me parece que empecé diciendo algo acerca de la *semana mayor* y á los pocos renglones, con esta costumbre correntona de divagar, ya iba yo cuesta arriba por los cerros de Ubeda, de donde me bajo ahora tan campante para volver á empezar repitiéndole al público, quien probablemente lo tenía tan olvidado como yo, que es poco, muy poco, lo que acerca de la Semana Santa habría que decir; porque, después de todo, ¿quién por aquí no está ahíto de saber que en estos días solemnes echa el resto en cuanto á lujo la sociedad josefina?

Pocas ocasiones hay, con efecto, tan teatrales como ésta para sacar á lucir los perifollos que la moda vorea como el quid de la distinción y que el crédito amablemente pone al alcance de nuestras graciosas economistas. Que la ocasión es pintiparada para echarse uno encima los pingos y arrequives de moda, pruébalo que hasta los santos de la corte celestial tienen el buen gusto de saltar en un rincón la holgada túnica de los tiempos de Herodes para vestirse á estilo elegante y moderno,—moderno, sobre todo.

¿Que no? Yo ví una Verónica de carne y hueso que, sobre no llevar el semblante muy compungido, porque esto, al fin y á la postre, desluce, gastaba botas de tacón alto y calzaba quirotecas, (quirotecas, como se de-

cía en tiempos de Mari-Castaña; mitones, como se dice en el día). Tampoco los apóstoles se han andado con cuentos y han adoptado resueltamente el sombrero de cabuya que en Pacaca fabrican los indios y que les vienen, (á los apóstoles, no á los indios), como pedrada en ojo de boticario. ¿Cómo es posible sostener, á la faz de estos progresos, que los santos son retrógrados? ¡Cosas de los impíos! Así es que la Semana Santa de este año no se ha diferenciado gran cosa de las anteriores. Porque no es de ahora que en los santos apunta esta veleidad revolucionaria en el vestir.

Un observador que peinase canas, como nos, (no se enfurruñe el seor gramático porque me tomo licencia de emplear esta forma: lo digo así únicamente para dejar en duda al malicioso lector acerca de *mis abriles*, porque en fin, siempre es desagradable eso de reconocer y declarar que uno es viejo, así como suena, en lenguaje liso y pelado. Lo que es yo no vengo en ello ni á tres tirones); un observador que peinase canas pensaría tal vez que la devoción no es en

el día tan honda como en los buenos tiempos de su mocedad, —diferencia que, si no es efectiva, como tal, sin embargo, se presenta á los ojos de cualquier viejo, el que, por virtud de un fenómeno retrospectivo, compara malamente su fe candorosa de joven con la escasa compunción que en los devotos de estas calendas le parece advertir.

Tal vez, tal vez, sin embargo, la observación no flaqueé por falta de exactitud; tal vez, efectivamente, la efusión religiosa haya venido á menos en las gentes de esta edad descreída y maleante; porque por algo vocifera el santo clero que vivimos en una edad descreída y maleante. Yo, lo que es yo me atengo al testimonio de estos señores; porque indudablemente ellos saben dónde y hasta qué punto les aprieta el zapato de la incredulidad. “¿Que dónde les aprieta?”, saltará por ahí diciendo cualquier motilón de esos que se pican de listos; “; pues en el pie!”—Naturalmente, en el pie; pero con esta diferencia,—que los señores curas no sienten el apretón en el pie, sino en el puro redaño.

Gastón de Silva

Valiosa carta de pésame,

procedente del Real Museo Zoológico de Turín, Italia, suscrita por siete Naturalistas notables de aquel centro científico.

Turín, 9-II-'08.

Señor Profesor:

La noticia de la muerte del Profesor Biolley nos tiene profundamente afligidos. Hemos perdido más que un correspondiente, un verdadero amigo de quien habíamos recibido infinitas pruebas de gran cortesía. Todos cuantos tuvimos la suerte de cultivar sus re-

laciones, no podemos menos que llorarlo amargamente.

A V., egregio Profesor, como Director del Museo Nacional de Costa Rica, expresamos nuestra sincera condolencia, rogándole hacerse intérprete de nuestros sentimientos cerca de la familia del lamentado Profesor Biolley.

F. Camerano

Dott. M. G. Peracca

Edoardo Zavattari

T. Salvadori

Giorgina Pangella

L. Cognetti de Martiis

Respuesta

Para Páginas Ilustradas

Que todo con el tiempo se quebranta,
que todo se trasforma y languidece
me dices en tu carta... y me parece
que nunca hablaste con certeza tanta.

Quizá ya triste junto á ti ya canta
la voz del hado que á decir empieza,
que todo es falso y que al brillar fenece,
herido al golpe del dolor que espanta.

Es tuya la razón! Y lo concibo
en todo lo que pienso y lo que escribo,
en todo lo que forma nuestra vida...

Yo sé que tras el íntimo secreto
de dulce halago que á vivir convida,
traidor se yergue el fúnebre esqueleto!

Agustín Luján

Noviembre de 1907

★

★

★

Croquis báquico

Languidece la luz de las estrellas
vecina ya la sonrosada aurora,
en tanto que en las copas se desflora
la espuma del champán, que liban ellas.

Que vengan de licor otras botellas,
grita la turba, y la gentil Fedora
entona una canción, canción que llora
de un casto amor las extinguidas huellas.

Sacude un bardo la melena oscura
y balbuce que brinda por la orgía,
por Fedora y su ingénita ternura...

Reanímase el festín! Mas la alegría,
rayana entonces en infernal locura,
huye embozada al despertar el día!

Agustín Luján

Abril de 1908.

PAGINAS ILUSTRADAS

¡Qué ricos matices animan el hermoso cuadro de la primavera de la vida, con sus encantos y dulzuras! Hay risas puras y vibrantes como un choque de cristales; lágrimas que se desgranán suavemente, porque no brotan de las fuertes conmociones del corazón; besos inocentes que no quemán con el ardor de la sangre impura; mimos que no son caricias que estrujan.

El amor de los niños es un amor sin límites, pero ingenuo, candoroso; más penetrante que el rayo de luz que rasga la tiniebla. Lo mismo aman a una cosa manimada—un juguete—que a un ser irracional, al que abrazan y acarician con entusiasmo en el goce infinito de esa libertad que mantiene el equilibrio común sin las odiosas diferencias que establece el error humano, consecuente con los errores de la Naturaleza. Conversan en tierna plática con los animales y les consultan, y a pesar de su zoolatría digna de admiración, los adultos no la comprendemos entre-



Fot. Paynter Bros.

gados al carnaval de la existencia en que se ostenta un corazón que no posee.

El artista, que siente todo en todas sus manifestaciones, aprisiona en su retina las impresiones de la luz y da forma a sus imágenes. Busca y halla efectos portentosos.



Aquí tenéis una niña a quien el artista sorprendió con su cámara en posiciones significativas. El rasgo de la expresión no puede estar mejor encuadrado en el marco de la estética. La mimica bien representada; actitudes que reviven todo el encanto de esa faz luminosa de la vida en que la ilusión no es engaño.

En la figura primera muestra la *sigueta* la apacibilidad de un cielo azul abrigado por la luz y los colores de la aurora. Ese juguete que aprisiona entre sus deditos de rosa es el símbolo de la vida que

Niña MARIA CRISTINA BEER MOLINA



le pertenece y ama porque es toda suya; se divierte con ella sin adivinar su estructura, porque ignora el mecanismo secreto que encierra; no sabe de las amarguras del destino en los momentos arrobadores en que saborea la miel de la dicha con inconsciente hartazgo; mañana, cuando la agote, ya será una mujer, es decir, abandonará el juguete para convertirse ella misma en juguete del capricho de la suerte.

En su actitud cómica de la 2ª posición parece desafiar ese destino que más tarde la hará cerrar los puños contra sí misma; tiene la risa almirada en los rosados labios que han de probar después las amarguras de la existencia cuando el dolor los marchite.

Contemplad en la *pose* última su aspecto varonil; con una mano en la balaustrada y la otra en señal de mando,—semeja un *emperador* romano, con su toga de púrpura, que desde el Aerópolis dicta un interlocutorio.

¡Cuántos niños, en sus bríos infantiles, no retratan al hombre de mañana!

Daniel UREÑA

Ya; ya había oído hablar del barrio de Triana, y de la Manzanilla de Sanlúcar, y de las aceitunas y de las..... ¡Ay de mí! y qué perra idea tuve en venir á esta Sevilla, de la que dicen que quien no la ha visto no ha visto maravilla.

Ir á Sevilla é *ainda mais*, coincidiendo con visitas reales, es el disloque y la mar, y..... ¡benditos puntos suspensivos! ¡Qué prudentes y qué oportunos y qué elocuentes son!

Cacería de reses mayores por la mañana; de perdices al medio día, de liebres y conejos por la tarde y alguna también por la noche, y eso cada día, ó casi cada día, es para dejar derrengado al cazador más cazador de los cazadores, cuanto más á mí que ya apenas sí puedo con la escopeta.

Se imponía, pues, el descanso y para descansar nada mejor que venir-se donde no se oye hablar de los cinégeticos sports.

Y aquí estoy arrojando el peligro explosivo y preparando ya la maleta para seguir mi vocación trashumante é inquieta.

¿Dónde iré? No lo sé; pero en un sitio ú otro daré fondo y en cuanto llegue aviso, y Cristo con todos.

Pero antes de abandonar esta ciudad quiero hacer constar dos cosas: la primera, que es una descomunal mentira la de que aquí todo el mundo está dominado por el terror y que la influencia de los atentados se nota hasta en la sopa. ¡Mentira! Hace dos ó tres años algo podía influir en la vida pública el estallido de una bomba: ahora nadie se ocupa de semejante cosa, ni ella trasciende en lo más mínimo el movimiento cada día creciente de una ciudad que dentro de cinco ó seis días, según me dicen, va á ver empezar las obras de reforma, lo que significa un gasto de doscientos sesenta y nueve millones de pesetas en un plazo máximo de quince años. Eso sí; eso sí que ocupa la atención de las gentes y si estoy aún aquí, ya les contaré á los lectores de *Páginas* cómo ha sido la cosa que ha de solemnizar, según parece, el Rey D. Alfonso, á quien tantas ocasiones he tenido de ver en Sevilla.

Y la otra cosa que quiero hacer constar es que no he podido encontrar por ninguna parte aquel separatismo de que me hablaban en Sevilla. Lo que sí hay es un fuerte y profundo sentimiento autonomista que, ó mucho me equivoco, ó se ha de imponer á toda España.

Sentado tranquilamente á la puerta de un café de la Plaza de Cataluña y hojeando un periódico extranjero me en-

cuentro con la siguiente ratificación de algo de que yo había oído hablar en Londres:

“Entre las numerosas leyes de reforma social estudiadas por el Parlamento británico en la actual legislatura hállase el *bill* relativo á las tabernas (*public-houses*) y *bars*. Dicho proyecto de ley, patrocinado por Mr. Asquith, prevé la supresión, con derecho á indemnización de 32.000 establecimientos de bebidas, de los 100.000 que existen en Inglaterra y en el País de Gales.

Tiende el bill á atajar los inmensos daños del alcoholismo de un modo más efectivo que todos cuantos vienen empleando el Ejército de Salvación y las numerosas sociedades de templanza que funcionan en el Reino Unido. Ese medio de supresión gradual de las licencias concedidas á los taberneros para la venta de bebidas alcohólicas. Los jueces irán anulando cada año, en sus respectivos distritos cierto número de licencias hasta llegar á un total en todo el Reino Unido de 2.286 tabernas y cervecerías. En el plazo de catorce años quedarán cerradas 32.000 tabernas y bars, no concediéndose nuevas autorizaciones de apertura desde la promulgación de la ley. Esta contiene, además, numerosos artículos prohibiendo la admisión en las tabernas de niños menores de diez años, y reglamentan la cantidad de bebidas que esos niños han de consumir, con aquiescencia de sus padres. También prohíbe el bill la admisión *durante los sábados* en las *public-houses*, de las familias de obreros y autoriza la inspección de los clubs donde se pueda rendir culto á Baco.

Toda la prensa Inglesa, sin distinción de opiniones, aplaude el bill Asquith, considerándolo un arma poderosa contra el execrable alcoholismo.

Toda la prensa Inglesa, ¿se enteran ustedes? Lo mismo que *toda* la prensa de Costa Rica cuando la ley de Don Cleto.

Y á propósito de cañonazos.

La mayor parte de las calles del Ensanche de esta ciudad están con zanjas abiertas y en las que no, las bocas de las cloacas dan paso á innumerables obreros que andan enfrascados en serios trabajos subterráneos. Picado por la curiosidad he procurado enterarme y he sabido que esos trabajos obedecen al propósito de tener terminada en este año toda la red de cloacas, que significa la triol ra de 12.000 kilómetros, para el completo saneamiento de la ciudad!

¡Ni que fuera Don Cleto presidente municipal!

¡ Valiente chasco se han llevado los que auguraban no sé cuántas desgracias con la venida del Rey D. Alfonso XIII, á esta ciudad !

Para calendarios no tienen precio. Y conste que no hablo de oídas, ni me he de referir á referencias, porque lo que he visto y oído lo ha sido con mis... ojos y orejas que, á Dios gracias, están en perfecto estado de uso, á pesar de sus treinta años y pico de existencia; y el pico es regular.

Pues sí; merced á la intervención de un buen amigo mío—cuyo nombre no cito por prohibición terminante del *interfecto*, que desempeña un cargo oficial,—pude colarme entre los escogidos, provisto de un carnet de periodista y como correspondiente de no sé cuántos periódicos de los tres, digo, de los cuatro hemisferios, la luna en cuenta.

Cartera en mano y lápiz en ristre, allí en la estación llamada *apadero* y medio oculto por la respetable humanidad del señor Gobernador civil—especie de Don Moisés Morales algo aumentado—y las purpúreas vestiduras del Cardenal Casañas—un Doctor Storck algo disminuido en ambas dimensiones—pude... contemplar á mi sabor á Don Alfonso en cuanto saltó del vagón (carro, que ahí dirían ustedes.)

Conste, y esto sea dicho con el más profundo respeto, que Su Majestad Católica á pesar de la realeza y del catolicismo es majestuosamente fea, sobre todo vista de perfil, pero infinitamente más simpática y expresiva la cara que como viene exhibiéndola cierta revista que parece espera el momento más inoportuno para enfocar al joven monarca.

Pero con fealdad y todo el recibimiento que el pueblo de Barcelona ha hecho á don Alfonso ha sido cordial y afectuoso, distando tanto del delirante entusiasmo de que hablan los periódicos del Gobierno, como de la frialdad é indiferencia que dicen los de las otras parroquias.

Hay que tener en cuenta que el carácter del pueblo barcelonés, según he podido observar y que me aseguran que es el del pueblo catalán, no es dado á entusiasmos con programa hecho, y que cuando se deja arrebatar es por algo imprevisto ó inesperado que le hiriere de pronto en las fibras más sutiles y más recónditas del sentimiento.

Pero es innegable que el señor Maura ha obtenido un triunfo, trayendo aquí al Rey contra todos los vaticinios de sus adversarios políticos, que han llegado á decir, en letras de molde, que el venir el Rey á Barcelona era más peligroso que el hacer un viaje al centro del África solo é inerme.

Llegó, inauguró las obras de reforma, acto solemne y de excepcional importancia, visitó la escuadra austriaca, inaugura-

ró también la Universidad Industrial y salió para Madrid sin haber ocurrido el más pequeño incidente. Sólo á las diez de la noche del día de la partida, cuando hacía ya 4 $\frac{1}{2}$ horas que había abandonado á Barcelona, hubo la consiguiente bromta de una bomba en un rincón del puerto, que ya ni alarma causó.

Lo que aquí no ha habido han sido caerías ni juergas jitanas. La influencia del Sol... menos caliente.

Un detalle. Al pasar el Rey Don Alfonso, por enfrente del Teatro Principal, en cuyo balcón á guisa de colgadura se ostentaba una colosal bandera catalana, llevó militarmente su mano á la sien derecha saludando á la regional insignia, por cuyo acto no hay que decir cómo fué ovacionado.

Y ahora á otro cilindro.

* * *

Con toda tranquilidad y con la mayor paz se están rompiendo la crisma los franceses y los moros. De manera que lo de la penetración pacífica no puede ser más verdad.

Lo malo es que según se advierte desde unos días á esta parte, el Gobierno español también va á tener que penetrar pacíficamente, aunque no haya ironía en la palabra, en esta ocasión.

Hace quince días, ó cosa así, que las tropas españolas tomaron posesión del territorio llamado *Mar Chica*, cuya ocupación debía sostener el Sultán; pero como precisamente *por deber* mucho á la Mehalla de sus tropas, éstas pidieron á Melilla protección y... comida, y allí encontraron lo que no tenían, abandonaron la *mar* en cuestión que fué ocupada por los soldados españoles.

Bueno; pues ahora, antes de ayer precisamente, por no sé qué conveniencias también, los españoles han ocupado el *Cabo de Agua*, que está frente á las islas Chafarinas, y lo han hecho, al aparecer, con el beneplácito de las distinguidas cábilas que por allí existen.

Menos mal si con la *Mar Chica* y el *Cabo de Agua*, no naufragan los aliados de los franceses.

* * *

¿ Han oído ustedes hablar de una carta del Tremendo KAISER al Ministro de Mariuz de la Gran Bretaña? ¿ Sí? Pues no hagan ustedes caso de todo lo que digan los cables, que supongo debe ser cosas horribles y espeluznantes.

Todo queda reducido á que don Guillermo le ha dicho al Ministro que «Como Almirante honorario que era de la flota británica, le parecía que en los barcos había de haber...» ¡¡ diablo, qué imprudencia iba á cometer!!! *The Times*

es el único que debe estar en el secreto, y á él hay que dejarle que hable si quiere. Por lo demás, interpelado el Ministerio en la Cámara de los Lores ha declarado lord Tweedmouth que se trata de una carta privada; que la cosa no tiene importancia y que no hay motivo alguno para que se alteren las amistosas relaciones entre los dos países.

Tranquilícense, pues, ustedes y duerman tranquilos.

* * *

Tatsu-Marú es un barco; y ese barco que es japonés, lo cogieron los chinos

por si llevaba armas y municiones. Y los japoneses se han enfadado; y han pedido que les devolvieran el barco; y los chinos dicen que sí, y que nó, y que sé yó; y habido un ultimatum y casi un *principiatum* de cachetina... Pero al fin parece que todo terminará en paz y... que la influencia de los de la Haya no llegará á interponerse.

Y como yo no tengo cosa mayor que me interese en esta hermosísima ciudad me marchó á hacerle una visita á Clemenceau, que me parece algo preocupado con las satisfactorias noticias que recibe de Marruecos.

Barcelona, 14 de marzo de 1908.

Perico Hurrón



Fot. Rudd

Escenas nacionales en Semana Santa.—Almuerzo al aire libre

Abrumado por hondos infortunios, lejos de los seres queridos, cayó al fin el amigo inolvidable; y allá en oscura tumba reposan para siempre sus despojos.

Luchando con el destino inexorable, andaba sobre los abrojos del camino sin exhalar una queja. Las sombrías tristezas de su alma no salían nunca á la superficie. Siempre jovial, siempre alentado por la esperanza, llevaba tranquilo el peso de la vida, confiando tal vez en que muy en breve se le haría justicia.

Porque valía un tesoro por su exquisita educación, su honradez intachable, su bondad nunca desmentida, sus capacidades intelectuales y sus no comunes aptitudes y conocimientos. Otros de méritos infinitamente menores han sido favorecidos por la fortuna, que con David Hine fué ciega, torpe y aun malévola.

Corazón de oro, alma de niño, sentimientos nobilísimos de los que rara vez se encuentran en este "bajo mundo", Hine deja entre los que tuvimos ocasión de apreciarlo, gratísimo y respetado recuerdo, saturado de indefinible amargura, de grandes

decepciones, de piedad intensa. ¡Fué tan bueno, tan mal comprendido, tan azotado por los crueles sinsabores de la vida!

Tuvo, sin embargo, una dicha envidiable: la de que todos sus amigos, que no eran pocos por cierto, fueron sinceros y leales de verdad. No habiendo estado nunca en posición de hacer grandes favores, obtuvo afectos desinteresados y firmes, nacidos de esas simpatías que inspiran las almas generosas, el trato afable y delicado, todo lo que es propio de una índole magnánima, sin sospecha de dobleces ni de traición.

David Hine no aduló á nadie, ni ante nadie se humilló la sencilla altivez de su carácter. Por eso no ocupó los puestos que por tales medios se conquistan, pese á los méritos reales que le adornaban. Y murió casi olvidado Sólo las nulidades brillan en las sociedades enfermas de convencionalismos, prejuicios y vasallaje á las apariencias.

Pero ha de bastarle á la apreciable familia del amigo que nos deja, la seguridad de que él se conquistó muchos y verdaderos estimadores.

Juan M^a Murillo

Abril 12 de 1908.

Páginas Ilustradas en el exterior

En una revista de Mérida, Yucatán, encontramos lo que transcribimos en seguida, que viene de la pluma gallarda y florida del joven poeta mexicano Luis Rosado Vega, á quien agradecemos sus finos conceptos:

PAGINAS ILUSTRADAS.—De San José Costa Rica nos llega esta bella revista, impresa en magnífico papel y con muy buenas ilustraciones. Su Director es un artista ventajosamente co-

nocido: Próspero Calderón, y la redacta lo más florido de la intelectualidad costarricense, como Justo A. Facio, Daniel Ureña, César Nieto, Gómez Rucavado, Tristán, Alfaro, Picado, Fernández Guardia, etc., con las colaboraciones de lo más conspicuo en letras de las Américas españolas. *Páginas Ilustradas* es una revista que honra indudablemente á Costa Rica.

Peces dañinos del Orinoco

Por el Padre José Gumilla

Nadie debe vadear río ni laguna de poca agua, ni andar por las orillas de río grande, dentro del agua, sin llevar en la mano un bastón, picando con él la arena donde ha de sentar los pies, porque todos los ríos, arroyos y lagunas de tierra caliente tienen «rayas» cubiertas con arena: éstas son redondas y planas, al modo de un plato grande, y llegan á crecer disformemente; tienen el pecho contra el suelo, y en medio de él tienen la boca, pegada siempre contra la arena ó tierra de cuyo jugo se mantienen; en la parte inferior tienen cola bastantemente larga y armada con tres ó cuatro púas ó aguijones de hueso firme y de punta muy aguda; y lo restante, hasta la raíz, con dientecillos de sierra muy sutiles y firmes.

Estas puyas venenosas buscan los indios y las encajan con firmeza en las puntas de sus flechas de guerra, y la herida es fatal y difícil de curarse por el veneno de la puya. Luego que la «raya» siente ruido, juega su cola y la encorva, al modo que con la suya lo ejecuta el alacrán, y sin perder la puya hiere á quien la va á pisar, sin saberlo, por estar ella siempre oculta entre la arena. El que va caminando con su ba tón, picando el terreno por donde ha de pasar, va seguro, porque si hay «rayas», al sentir el palo, se apartan.

Ahora es de saber, que por recia que sea la herida de la «raya», no arroja gota alguna de sangre, ó porque el frío de aquella púa venenosa la cuaja, ó porque la misma sangre, á vista de su contrario velozmente se retira.

Este pensamiento me excitó á hacer dos experimentos, que son los que hoy se practican ya en todas estas misiones contra las cotidianas heridas de «rayas», contra las cuales los indios no habían hallado otro remedio que morir, después de encanecida la herida. Los españoles habían hallado alivio al agudo dolor, aplicando una tajada de queso bien caliente, pero no evitaban una llaga gravísima y peligrosa, que siempre resultaba. A los indios adultos rarísima vez hieren las «rayas», porque con el mismo arco que llevan para flechar pescado, van picando la arena al vadear por el agua, toda la plaga recae sobre los chicos incautos, que al irse á lavar y travesear, jamás escarmentan; y aun malicio que se alegran de las heridas, por librarse de la escuela y de la doctri-

na, tarea opuesta al humor de aquella edad.

Deseoso de atajar tantos daños, impedido de la reflexión arriba dicha, al primer chico que me trajeron herido, saqué una vena que hay en el centro de los ajos, que es la que pasa á retoño cuando nacen, y la introduje por la herida de la puya; á corto espacio brotó por ella tal acopio de sangre, que arrojé á la dicha vena ó nervio del ajo; después que paró la sangre, puse otra semejante y volvió al cabo de rato á salir sangre, pero en menor cantidad; y reteniendo en mi casa al paciente, á los tres días estaba ya sano, sin habersele inflamado la herida ni poco ni mucho; de modo que se infiere, que lo cálido del ajo pone fluida la sangre, coagulada con el frío del veneno; y se ve que con la misma sangre sale el veneno, que la puya había entrometido. Este experimento me dió motivo para el segundo; y fué llenar la herida hecha por la misma puya de «raya» con raspadura de nuez moscada, y surtió el mismo efecto, con las mismas circunstancias dichas ya en el experimento primero. Dejo otras noticias de las dichas «rayas», y concluyo con decir lo que me causó notable armonía; y es, que haciendo anatomía de la rara hechura de una, le hallé en el vientre, la matriz no llena de huevecitos, como tienen los otros peces, sino llena de «rayas», del tamaño de medio real de plata, y cada una de ellas que pasaban de veinte, armadas con sus pullas en la cola, para salir prontas á dañar desde el vientre de su madre.

Contra la plaga fatal que voy á referir de los *guacaritos*, á quienes los indios llaman *Muddé* y los españoles, escarmentados de sus mortales y sangrientos dientes, llamaron y llaman hasta hoy *Caribes*; contra éstos, el único remedio es apartarse con todo cuidado y vigilancia de su voracidad, y de su increíble multitud, tanta aquélla, y tal ésta, que antes que pueda el desgraciado hombre que cayó entre ellos hacer diligencia para escaparse, se le han comido por entero, sin dejarle más que el esqueleto limpio. Y es cosa digna de saberse que el que está sano y sin llaga ó herida alguna, bien puede entrar y nadar entre innumerables *guacaritos*, si sabe espantar las sardinas bravas, seguro y sin el menor sobresalto; pero si lleva algún rasguño de espina ó de otra cosa, por don-

de se asome una sola gota de sangre, va perdido sin remedio, tal es su olfato para conocer y hallar la sangre. Y para mayor advertencia añado, que precisado á pasar el río Cravo un buen hombre, ahora pocos años, estando el río muy crecido, dejó la silla de montar al otro lado, y encima del caballo, en pelo, se arrojó á pasar; tenía el caballo lastimado el espinazo, y al olor de aquella sangre recargaron los *guacaritos* con tal ímpetu y multitud, que por mas presto que el hombre se arrojó del caballo á nadar, cogiendo luego tierra, salió destrozado y murió en breve. El tal no tenía herida alguna, pero sus compañeros discurren, que á río revuelto llevó aquellos fatales mordiscos. Esto es muy creíble, porque se ha reparado que durante el ataque sangriento, se comen los *guacaritos* unos á otros, porque por estar los más inmediatos á la presa teñidos de sangre, dan con ellos los que van llegando de nuevo, y creo que esto es lo que sucedió al referido pasajero.

No ha mucho que en los indios de la misión de Guanapalo le llevaron al padre misionero de aquella gente, los alguaciles de la doctrina, un esqueleto nuevamente descarnado, de un chico de unos seis ó siete años de edad, que inocentemente se entró en el río con un leve rasguño, y dieron cuenta de él tan aprisa los *guacaritos*, que con haber muchos indios presentes, nadie le pudo remediar, y ninguno se atrevió á exponer su vida á manifiesto peligro.

Esta mala casta abunda en Orinoco en todos los ríos que á él bajan, y en todos los arroyos y lagunas; y porque ellos como queda dicho, no saben abrir brecha, si no la hallan, hay con ellos otra multitud innumerable de sardinitas de cola colorada, sumamente atrevidas y golosas, las cuales, lo mismo es poner el pié en el agua, que ponerse ellas á dar mordiscos, y abrir camino á los voraces *guacaritos* sus compañeros. Esta es la causa, por la cual los indios, cuando se ven precisados á vadear por falta de canoa, algún río mediano, pasan dando brinco y aporreando el agua con un garrote, á fin de que se espanten y aparten, así las sardinas y «rayas», como los *guacaritos*, cuyos dientes son tan afilados que los indios Quirrubas, y otros que andan sin pelo, se lo cortan sirviéndoles en lugar de tijeras las quijadas de los *guacaritos*, cuya extremidad, afianzada con una amarra, que ajusta la quijada de arriba con la de abajo, forma las tijeras de que usan.

Otro pez hay en las bocas del Orinoco y costas de la isla de la Trinidad, y en las del Golfo Triste, que llaman *tamborite*: á éste, cuando cae en la red, luego le arrojan otra vez los pescadores, porque algunos, que incautos le han comi-

do, luego se les ha hinchado horriblemente el vientre y han muerto. Doy las señas de él, para que sea conocido: no crece mucho, el mayor no llega á ocho onzas de peso; no es pez de escama, sino de pellejo más grueso de lo que pedfa su largo; el lomo casi morado, y la barriga blanca.

El pez espada piensa neciamente que la canoa que pasa navegando es algún animal que va en su alcance, y luego saca la cabeza y en ella su espada, no de dos filos, sino de dos sierras, y da tal tajo á la débil canoa que la pone á pique de trabucarse. Si es la canoa vieja le suele sacar una buena astilla; y si es nueva, suele dejar la mitad de su espada encajada en el borde y se va medio desarmado. El se hace respetar de todo el vulgo de los peces por su espada, y hasta los caimanes, manatíes y bagres procuran evitar su encuentro; mucho más cuidado deben tener los hombres para librarse de su furiosa ira y fatal golpe.

Desde las bocas del Orinoco, por todo Golfo Triste, hasta las bocas de los Dragos, se cría el pez *manta*, de quien huyen á remo y vela, así las piraguas de los pescadores, como las de los pasajeros. Se cree que es pez, aunque no tiene traza de ello: es un témpano cuajado tan ancho que luego que se arrima á la canoa, la cubre en gran parte, y con la canoa y la gente de ella se va á pique de ordinario. No he visto á este monstruo; pero navegando por dicho Golfo Triste el año de 1731 y 32 ví y oí el sobresalto de los marineros y pasajeros, y el miedo grande que tenían de dar con una de estas *mantas*, que tan fieramente arropan y abarcan tanto buque, cuanto parece increíble. De los buzos, ó pescadores de los pesqueros de perlas he oído á personas fidedignas que entran al fondo con un puñal en la mano, para defenderse de dichas *mantas*, que al primer piquete se retiran.

Bagre armado se llama otro pez de que abundan aquellos ríos, á distinción de otros bagres, de muy buen sabor al peladar, que no tienen armas, ni ofensivas, ni defensivas. Dicho bagre armado, desde los huesos en que se ajustan contra el cuerpo sus agallas, hasta la extremidad de la cola, tiene por cada costado una fila de uñas de hueso, muy agudas y parecidas á las uñas del águila real; nada con la velocidad de un rayo, y á los peces, caimanes, hombres, ó á cualquier animal á que se arrima de paso, le deja destruido é incapaz de vivir. Sus carnes no se pueden comer, por estar todas penetradas de almizcle intolerable.

El pez temblador se llama así porque hace temblar á cuantos le tocan, aunque no sea inmediatamente sino mediante

una lanza ó caña de pescar; por otro nombre torpedo, por el sopor que causa; se parece en la hechura á las anguillas, y crece mucho más que ellas; los he visto del grueso de un muslo, y de más de una brazada de largo; sólo en los lomos tiene carne muy gustosa, pero muy llena de espinas, que rematan en horqueta; el resto de su cuerpo todo es manteca muy blanca; no tiene agallas y en su lugar tiene dos como orejas, de color rosado, y en ellas reside la mayor actividad para entorpecer, tanto que después de muerto le manosean y cortan los indios para poner en la olla ó para asar, sin sentir ya temblor; pero si le tocan las orejas, todavía tiemblan y se entorpecen. Todo su cuerpo es sólido, menos un corto gema más abajo de la boca, donde no se halla tripa alguna, sino sólo el buche, é inmediatamente el desagadero de las heces. En el charco ó remanso del río, donde ellos andan, no paran ni caimanes, ni otros peces grandes por el miedo que tienen á los tembladores. El modo que tienen de pescar peces medianos es arrimarse á ellos de paso, los atonta y se los traga á su gusto; pero más gustan de sardinas menudas y es curioso el modo con que las pescan: y es que en reconociéndolas las va siguiendo hasta cerca de la barranca y al punto hace de su cuerpo un semicírculo, fijando la cabeza y la punta de la cola contra la barranca, y todas aquellas sardinas que tocó al formarse y las que pretendiendo salir del semicírculo tocan con él, todas se quedan entorpecidas, y boca arriba tanto tiempo, cuan-

to ha menester para engullirse las todas; digo engullir, porque no tiene dientes.

La *payara* es de los peces más hermosos de aquellos ríos, de buen sabor, y algunos llegan á crecer tanto, que pesan veinticinco y más libras; pero por más que crezcan, dan unos brinco de más de una vara fuera del agua, y si alguno de los que van en la canoa tienen jubón, ceñidor ó ropa colorada en el cuerpo, da la *payara* el salto y queda colgando de la ropa que mordió: éstas se pescan sin anzuelo, su golosina es la sogá, y sus largos y agudos colmillos el anzuelo con que pierden su vida. El modo de pescarlas es: atan en la punta de un palo un retazo de bayeta ó sarga colorada y se la van mostrando, desde la orilla del río ó desde la canoa, y van saltando y prendiéndose como dije, porque fuera de su dentadura, que es larga y sutil, los colmillos de la quijada inferior son tan largos, que por los conductos que Dios les hizo por entre la cabeza, le van á salir las puntas junto á los ojos, por lo cual cierra como con llave, y siendo ropa la que muerde, como no puede cortarla del todo, queda aprisionado con sus propias armas. Al contrario sucede cuando de repente da un salto y al pobre indio que va remando ó pescando desnudo, según su costumbre, de improviso le arancan un pedazo de carne de la pierna ó de un muslo, cosa que sucede muchas veces. Dejo otras plagas de agua, lo uno, porque no son considerables, y lo otro por no ser molesto.

(Del *Orinoco Ilustrado*.—Tomo II, página 238).

La presencia de su alma

Para Páginas Ilustradas

Pienso en ella y la siente mi pasión,
 porque se ha ido, en un dolor sin fin,
 nos la advierte llegar mi corazón
 en un vago perfume de jardín.

Del Angelus se escucha el triste son,
 muere el sol en un trágico confin,
 y sube hasta mis labios la oración. . . .

Me besa con su aliento de jazmín
 y la siente marchar mi corazón
 en un vago perfume de jardín.

Luis Rosado Vega

Mexicano

1908